ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL CONGRESO TEOSÓFICO DE PARÍS

España en el Congreso.

En los días 3, 4 y 5 del presente mes ha celebrado en París su tercer Congreso anual la Federación de las Secciones europeas de la Sociedad Teosófica. Este Congreso, al que concedemos la mayor importancia, queda para nosotros particularmente como una fecha memorable y de recordación perpetua, porque en él se ha efectuado más prácticamente que en los anteriores de Londres y Amsterdam una *entente* cordial entre los teosofistas europeos y los teosofistas españoles. Nuestro querido Presidente Sr. Xifré, representante único de España en los anteriores Congresos, ha sido auxiliado en éste por nuestros amigos y hermanos el Sr. Treviño, Secretario de la rama de Madrid, y el Sr. Urbano, Director de SOPHIA. El Sr. Roso de Luna iba á prestar su valioso concurso, pero le ha sido imposible hacerlo como deseaba, y le ha prestado en espíritu y en obra, remitiendo un interesante trabajo que aparecerá en la Memoria del Congreso.

Esta pluripersonal representación de los españoles en el Congreso, excelentemente acogida por cuantos teosofistas han acudido á la gran ciudad, la consignamos como un signo de virilidad y de entusiasmo por las grandes enseñanzas teosóficas en España, y la anotamos como un estímulo para crear una costumbre que puede reportar tantos beneficios entre nosotros,

afirmando más y mejor de un modo práctico una de las bases de la Sociedad Teosófica: la fraternidad universal.

La Exposición de Arte.

La apertura oficial del Congreso se efectuó el 3 de Junio en la gran sala del Wáshington Palace, rue de Magellan, 14; pero el día antes, el sábado, día 2, á las cuatro de la tarde, se inauguró la Exposición de Bellas Artes en el local de la Sociedad Teosófica en París, avenida de la Bourdonnais, 59.

Los tres grandes salones de la Sociedad estaban llenos de pinturas, esculturas, grabados, encajes y otros objetos artísticos, ejecutados la mayor parte de ellos con el mejor entusiasmo, con la fe más excelente y la abnegación más admirable.

Entre las obras escultóricas recordamos, y las vemos aún como delante de los ojos, un yeso serenamente tratado, en el que su autora, Mad. Syamour, ofrecía un retrato del Presidente de la Sociedad Teosófica, H. S. Olcott; otro, bastante más sobrio, ejecutado por W. Gailland; un bronce, muy meditado, de Y. Dampt, retrato de Annie Besant, y otra escultura, quizá la más notable y de más empuje, «La obra piadosa», suscripta por la misma firma.

Entre los cuadros se destacaban los ofrecidos por *Lotus* (Mad. Peralté), paisajes y vistas de la India y del Tibet, notas muy calientes y animadas, cuya justeza de colorido y calidad de color sólo podían apreciar aproximadamente los visitantes del Mediodía. El retrato simbólico de Annie Besant, por monsieur Farré, estaba ejecutado quizá muy deprisa, pero con bastante inspiración y cariño hacia el original.

Los carbones de W. Guglielmi, los esmaltes de las señoras Jauvan, Vial y Ange eran unas verdaderas preciosidades. En fin, la cruz en metal, obra de Mad. Maciejouska; el mantel orlado con svásticas de Mad. Paul Lerch, y los bordados de E. de Vroge, se elogiaban justamente por cuantos visitaron la pequeña Exposición, observando cómo la posesión de un alto principio ético es una de las primeras condiciones para la ejecución artística y el triunfo del artista.

La apertura.

El Congreso se abrió oficialmente el domingo 3 de Junio en Wáshington Palace, á las diez de la mañana. Comenzó el acto con un coro de apertura, *Oda al Sol,* obra de Ed. Bailly. El doctor Th. Pascal, Presidente de la Sección fran-

cesa, pronunció después un breve y elocuente discurso de bienvenida que fué muy bien acogido. A continuación tomó la palabra el Coronel H. S. Olcott, que impuso al doctor Th. Pascal la condecoración de Subarrow, y dirigiéndose á todos los congresistas leyó el discurso presidencial, que inmediatamente fué repetido en francés por M. P. E. Bernard.

El discurso del Presidente H. S. Olcott.

Es difícil dar un extracto del discurso del Coronel Olcott. Nos prometemos publicarlo íntegro más adelante, y ahora señalaremos de pasada los principales puntos del mismo para satisfacer la necesaria información que debemos á nuestros lectores.

El Presidente de la Sociedad Teosófica empezó mostrándose partidario de los Congresos, útiles, á su modo de ver, porque establecen de la mejor manera una clase de relaciones más valederas y sostenidas que las relaciones postales que habitualmente sostienen entre sí muchísimos teosofistas.

Recordó su viaje á París en 1884 con Mad. Blavatsky. Hizo una historia del movimiento teosófico en Francia, y consagró unos recuerdos á la duquesa de Pomar, á Arturo Arnold y á Pablo Tourinel, el más excelente de los campeones franceses, recientemente fallecido. El progreso de la Teosofía en Francia y la difusión de sus enseñanzas es un hecho innegable, y se debe de un modo principal á la labor y á la constancia de los más decididos y entusiastas estudiantes que hay actualmente en la vecina República.

Este progreso no se da únicamente en Francia, se da en todas partes. El mismo H. S. Olcott, al llegar á este punto, participó á los asistentes que al llegar á París para presidir el Congreso había expedido un título de miembro de la Sociedad Teosófica para Salónica (Turquía).

Examinando detenidamente la idea de la fraternidad basada sobre «la ley de oro»: desea para los demás lo que para ti quieres, la expuso con su proverbial lucimiento, excitando á mantenerla. Las crisis que ha pasado la Sociedad Teosófica, y de las que ha salido triunfante siempre, acreditan el valor que tiene el cumplimiento de semejante ley. Si por un destino desconocido para nosotros se redujese nuestra obra, los mahatmas que velan por la Sociedad Teosófica auxiliarían, como auxilian, al puñado de valientes que quedase.

La fraternidad teosófica, la que se vive y se practica en la Sociedad Teosófica, ha parecido y sigue pareciendo aún á algunos individuos poco práctica y poco eficaz. Es un reproche muy frecuente que le hacen las personas alocadas, que no se han percatado aún de que nuestra Sociedad no es una Sociedad práctica, sino que persigue una fraternidad mental, moral sobre todo. Algo que es infinitamente más grande que los pequeños destinos de la vida ordinaria.

Por este concepto de fraternidad moral la Sociedad Teosófica no puede adscribirse á una religión determinada. Caben en ella todas las religiones: hindos, budistas, judíos, musulmanes, cristianos, etc.

Ocupándose después de los extravíos á que conduce una mala noción y un deseo egoista de conocer y practicar el ocultismo, calificó de «microbios sociales» á los echadores de cartas y embaucadores de los crédulos. Hay un ocultismo verdad, cierto; hay quien dispone de grandes poderes, pero la posesión de esas facultades extraordinarias no significa nada respecto de la moralidad de sus poseedores. «Yo he conocido séres de esos que eran inmorales y embusteros», añadió con energía. Recordó oportunamente á este propósito aquel aforismo de Pantajalí que dice hemos de andar con cuidado para la adquisición de semejantes poderes.

Refiriéndose á la enseñanza y á la adquisición de conocimiento dijo: «La primer lección que el adepto enseña á su discípulo es servirse de su razón y de su buen sentido en todas las cosas.» Nadie es infalible. La gran fuerza, el gran valor y la gran enseñanza está en este imperativo: «Obra».

Revistando el estado moral de Europa, del mundo civilizado, recordó los grandes estragos de la histeria, de esa enfermedad que ha hecho un asilo de las ciudades y hace posible la confusión entre el genio y el malvado.

Al determinar la posición de la Sociedad Teosófica en la investigación científica recordó que se le achaca menospreciar los métodos positivos de la investigación contemporánea, pero no se tiene en cuenta lo que se ha logrado por la obra de la intuición bien dirigida. Es más: un hombre que imparcialmente quiera historiar el movimiento científico no podrá por menos de consignar algunos nombres ilustres entre nosotros; así se habrá de mencionar en la historia del pensamiento místico al me-

ritísimo G. R. S. Mead; en la psicología á Annie Besant; en otras órdenes especulativas, en fin, al doctor Th. Pascal, á monsieur A. Courmes, etc., etc.

El discurso presidencial terminó finalmente dedicando un recuerdo al gran maestro H. P. Blavatsky, la gran colaboradora del Presidente H. S. Olcott. «Ella fué la inspiradora, yo fuí sencillamente, dijo el anciano Presidente, un amanuense de ella.»

A continuación, el Secretario del Congreso, nuestro amigo Johan van Manem, leyó la Memoria de reglamento y fueron elegidos los Presidentes de las Secciones. Se dió cuenta de las representaciones enviadas, se leyeron algunos telegramas, uno de Annie Besant, y se levantó la sesión para reanudar los trabajos por la tarde.

Antes de levantarse la sesión saludaron individualmente al Congreso las representaciones asistentes, cada cual en su idioma nacional. La fraternidad fué evocada por los dieciocho representantes nacionales en holandés, inglés, francés, español, italiano, alemán, sueco, ruso, finés, tcheque, en persa y bengalés.

Los debates.

Bertram Keightley dirigió los debates de la sesión de la tarde. Se propusieron los tres temas siguientes:

1.° ¿En qué medida la Sociedad Teosófica es un puro grupo de indagadores de la Verdad ó un grupo de estudiantes, de propagandistas y partidarios de un sistema?

2.° Si la Sociedad Teosófica no tiene dogmas, hay en su seno—y muy legítimamente—autoridades de diverso orden. ¿El valor relativo de esas autoridades es una cuestión de pura apreciación individual?

3.° El carácter moral de los individuos debe influir para su admisión en la Sociedad Teosófica.

En esta discusión presentaron puntos de vista muy interesantes todos los oradores que intervinieron en los debates: monsieur Mead, L. Revel, el mismo Keightley, Carlos Blech y la Sra. Ana Kamensky, de San Petersburgo.

La conferencia de G. R. S. Mead.

A las ocho de la noche, en la sala primera, se inauguraron las conferencias. Primeramente, el meritísimo Mead pronunció la suya sobre *La religión de la razón* y después M. Pierre E. Bernard, uno de los más ilustres teosofistas fran-

ceses, ocupó la atención pública, desarrollando el tema *Problemas de la actualidad.*

La conferencia de Mead fué pronunciada en inglés, y al mismo tiempo se distribuyó por el salón un resumen en francés de la misma. La de Pierre E. Bernard, hecha en francés, fué repartida en sumario en inglés.

Tanto una y otra, como los demás trabajos del Congreso, incluso las discusiones, se publicarán en la Memoria que se prepara sobre este hecho importante; allí podrán verlos á su debido tiempo nuestros lectores. Pero á pesar de ésto, vaya como un anticipo á nuestros amigos una copia del extracto de la conferencia de G. R. S. Mead, que ha sido uno de los trabajos más importantes que se han presentado en el Congreso:

La religión de la razón.

«Desde hace años, una gran parte de mi tiempo ha transcurrido en medio de una admirable elevación moral é intelectual, creada por una de las innúmeras fraternidades teosóficas del mundo antiguo: por los discípulos de Hermes Trismegisto, adeptos de la *Religión del Espíritu,* que vivieron en Egipto en los primeros siglos del cristianismo.

»¡Es una grande y sublime cosa esa *gnosis* de Hermes! Basada sobre la unión íntima del amor á Dios con la ciencia integral de la Naturaleza y del hombre, constituye una de las formas más admirables de la Sabiduría de las edades cumplidas. Es una síntesis de la Teosofía y de la Teosebía, esto es, de la Sabiduría y del Amor divinos. Así merece muy bien el nombre de *Religión de la razón* ó de *Religión del Espíritu.*

»No me detendré en la suprema elegancia y en la perfección literaria de los textos griegos que nos quedan de esos pensadores; eso no es más que el rico ropaje bajo el que se abriga la Verdad espléndida y gloriosa, es sobre esa misma Verdad sobre la que quiero deciros algunas palabras, ya que hacia ella me han llevado principalmente mis propias investigaciones.

»En esta Religión del Espíritu no halla uno ningún antagonismo entre el corazón y la cabeza, entre nuestras facultades emotivas y nuestras facultades intelectuales. Es á la vez el camino del conocimiento y el camino del amor. Constituye la unión sagrada del Alma y del Espíritu, de la Vida y de la Luz.

»No nos alcemos, empero, contra esa deificación de la palabra Espíritu, como si fuera exclusiva de otros nombres también

venerables, porque entonces los discípulos de Hermes Trismegisto nos replicarían: «No tiene nombre, porque es Él sólo que responde á muchos nombres; aún más, el único que lleva todos los nombres, porque es el nombre mismo y todas las demás cosas. Nada hay que El no sea. Es todo y nada al mismo tiempo, si es que puede admitirse la existencia de la nada.»

»Pero nosotros—ved nuestra ignorancia—le llamamos Espíritu, porque el Espíritu es lo que él conoce, y nuestra ignorancia, que busca su complemento, busca también el conocimiento, ó si lo preferís, la gnosis. Pero el Espíritu no es solamente lo que conoce. El Espíritu es también al mismo tiempo el objeto de todo conocimiento, y no conoce más que á sí mismo, puesto que nada cognoscible más que Él. El Espíritu crea, pues, la ignorancia y el saber. Es el misterio de los misterios, el gran iniciador, el magistrado de todo magisterio, el maestro de toda ignorancia como de todo saber.

»La Religión del Espíritu es, por excelencia, un culto iniciático y de continuo progreso. La suma de posibilidades que se abren ante el neófito sobrepasan los límites de todo lo imagible, y así uno no cesa de preguntarse: ¿Pero pueden ser verdad tales cosas? ¡Ah, no; eso es demasiado bueno para que sea posible!...

»Pero el Maestro responde con una sonrisa:—Así será eso muy bueno, puesto que el ineludible fin de todas las cosas es la perfección misma de las perfecciones, el Bien Absoluto.

»Según los sectarios de la Religión del Espíritu, es la presencia inmediata y la gloria del Maestro las que llevan á la conciencia del discípulo preparado la primer suma de posibilidades que se le ofrecen. Pero ¿quién es ese Maestro? ¿Está fuera? ¿Es otro que nosotros? ¿No trae una enseñanza textual? No. «El hombre jamás ha enseñado; pero cuando se ha cumplido el tiempo su memoria es despertada por Dios.» Él no cambia, no se transforma. Entra únicamente en sí y viene á ser lo que siempre ha sido. El sueño acaba y volvemos á la vida verdadera.

»En uno de esos maravillosos relatos de una iniciación que nos han transmitido los textos trismegísticos, vemos á un discípulo que acaba de «nacer de nuevo», de «nacer en el espíritu», sorprenderse de hallar á su lado bajo la forma familiar y común á su «padre» espiritual é iniciador. Y es que el «padre» de ese «hijo» no ha sido sino el intermediario, el canal de la gnosis. La iniciación verdadera se cumple por el gran iniciador: por el Espíritu.

»Y eso pertenece á otros textos donde se ve que los discípulos de un rango más elevado reciben la iniciación directamente, sin ningún intermediario.

»El papel del «padre» es sólo dirigir al «hijo» para que adquiera conciencia de su ego superior, á fin de unirse con ese ego y ser así el verdadero hijo del verdadero padre.

»Lo que hay más sorprendente en esta Religión del Espíritu es su carácter impersonal. Difiere por él del cristianismo popular y de otros cultos positivos. Sin duda, sus enseñanzas se atribuyen, por la claridad de su exposición, ya á Hermes, ya á Asclepio, ya á Tat, ya á Ammon. Pero por vivos y netamente diferenciados que nos parezcan ninguno de ellos son los personajes históricos. Son personajes ficticios, entes de razón. Por su boca, pero tras ellos, sobre ellos mismos y á través de ellos, es el Espíritu el que instruye al hombre cuando el hombre nace al Espíritu; y ese hombre en adelante no buscará un instructor particular, porque todo será para él una enseñanza y todo le instruirá en la gnosis del Bien.

»Todas sus energías y sus facultades obrarán en el sentido de una autoiniciación. Su vida será un progreso continuo. No concebirá que haya podido diferir de lo que es, porque su memoria será la memoria del Espíritu, memoria eterna que sobrepasa la duración y para la que el pasado y el futuro coexisten en el presente.

»¿Y de Dios, del Universo, del Hombre que nos enseña la Religión del Espíritu? Pues una cosa sobre todo: la imposibilidad para los idiomas humanos de revelar con ellos el misterio. Porque cada hombre no es sino una letra del idioma de los dioses. Las palabras de ese idioma son las fuerzas de la Naturaleza, y tales palabras no están en la superficie de las cosas. En la superficie de ellas no se puede descifrar sino los garrapatos de falsas apariencias, hijas de nuestros cerebros ignorantes.

»El universo real habla eternamente el lenguaje de los dioses, y por esto esta Religión de la Razón ó del Espíritu es por excelencia la Religión del Logos. Ningún término acude con más frecuencia á la pluma de los autores trismegistos que esta palabra. Porque el Logos es el Verbo de Dios (no en el sentido de palabra ordinario, sino tomando esta palabra *Verbo* como la expresión universal de todos los mundos). Hermes es llamado *El escriba de los dioses*. Y es el Logos de Dios, y las palabras ó

verbos que él escribe los dioses. Nosotros, los hombres, representamos las letras de nuestro Verbo ó de nuestro Dios, en espera de ser los verbos y los dioses.

El segundo día.

A las diez de la mañana, el día 4, en la sección B, se leyeron, entre otros trabajos de religión, misticismo, mitos, leyendas, etcétera, el de E. Sivers sobre *Una nueva religión,* de Edward E. Long *Un aspecto del Islam,* de Helena Clarke *La tumba de un sacerdote atlante* y el del Dr. Rodolfo Steiner sobre *La Teosofía en Alemania.*

En la sección C, de filosofía, se leyeron los trabajos de Margarita S. Duncan *Un moderno Consejo de Perfección;* de G. Cavallini *La felicidad debida al desenvolvimiento de las virtudes sociales;* de R. Urbano *Fray Luis de León en la Teosofía,* que leyó en francés nuestro Presidente el Sr. Xifré; de Carolina Mayne *No hay religión más elevada que la verdad,* y otros que fueron también muy elogiados

Al terminar la lectura del trabajo español el Sr. Xifré, el Secretario Johan van Manen hizo una cumplida presentación del autor del mismo, consagrando las más elogiosas palabras al movimiento teosófico en España, congratulándose de la actividad y entusiasmo que despliega.

Por la tarde continuaron los debates presididos por M. A. Courmes, asesorado, entre otras personas, por los Sres. van Manen, Xifré, Bernard, Mlle. Kate Spink, etc. De las cuatro cuestiones propuestas, la que despertó más interés fué la primera, referente á la propaganda. ¿Es ó no un objeto esencial para la Sociedad Teosófica? Intervinieron M. Keigtley, L. Revel, P. E. Bernard, Urbano, Mad. Windust y Van Manen.

Por la noche se celebró una velada musical con un programa escogido, en la que tomaron una parte muy activa la familia Revel, que se nos ofreció como una familia de artistas, y á las nueve se celebró una recepción en la sala II.

El Presidente Olcott, que estaba en el *fumoir,* se sintió indispuesto repentinamente y se trasladó en seguida á su hotel. El Dr. Th. Pascal le auxilió en los primeros momentos y se convino por los enterados del caso, el Sr. Boggiani, P. E. Bernard, Xifré, Treviño y demás circunstantes, en no dar publicidad al hecho para no alarmar demasiado.

El tercer día.

Pública ya la indisposición del querido Presidente H. S. Olcott, en los primeros momentos la asistencia no fué tan numerosa como en los días anteriores. Entre otros temas desarrollados, merecen mención, en la sección de arte, el de M. Ed. Bailly, *Nota sobre la reconstrucción de una invocación á los dioses planetarios contada sobre las siete vocales y sobre las siete notas en los templos del antiguo Egipto.* En la sección de ciencia, el Dr. Th. Pascal contribuyó con su *Ensayo sobre el mecanismo del sueño cerebral*, y el Sr. Roso de Luna (ausente), con su estudio *Orientalis atque occidentalis astronomicæ concordia.*

Por la tarde, tras la lectura de diversas comunicaciones, el Dr. Th. Pascal pronunció el discurso de clausura por el Presidente H. S. Olcott.

Mad. Rita Strohl dirigió, finalmente, un coro que recitó una estrofa de *La Voz del Silencio,* y quedó terminado el Congreso, señalándose el lugar del próximo en Munich.

La asistencia.

Han concurrido al acto más de seiscientas personas. Los países representados han sido los siguientes: Inglaterra, Holanda, Bélgica, Suecia, Alemania, Suiza, Bohemia, Austria, Rusia, Finlandia, Polonia, Bulgaria, España, América del Norte, Italia, Australia, Persia é India inglesa.

El valor y significación del Congreso.

El Presidente H. S. Olcott ha dicho lo bastante sobre la importancia de los Congresos. Ya queda consignado más arriba. Estos Congresos no son, como puede creerse por alguien poco enterado, una expansión parlamentaria, ni menos un concilio. Nuestros Congresos son reuniones internacionales á plazo prefijado para unir más positivamente á todos los teosofistas. No se acuerda nada, y si se acordase algo en ellos tampoco influiría ese acuerdo sobre la Sociedad Teosófica. Nuestros Congresos no deciden nada sobre puntos de fe, moral ó disciplina; son congregaciones materiales de inteligencias afines. Pero á pesar de ese carácter tan *poco positivo,* al parecer son de la mayor eficacia. Se establecen en ellos y por ellos lazos de amistad y de simpatía; se crean colaboraciones espirituales y se aviva una fraternidad más íntima. Es más, como sólo los más cultos pueden entenderse con el mayor número, el mayor número

procura elevarse hasta aquéllos para entenderlos mejor; así creo firmemente que allá en un Congreso futuro, no muy remoto, sin embargo, todos los asistentes se entenderán en un idioma único y en todos los idiomas conocidos. Esa será la primer obra plástica y tangible de la fraternidad teosófica, producida por esas reuniones.

Nuestros Congresos, donde no se discute—hemos hablado de debates, pero lo cierto es que no se ha debatido y que se han expuesto las ideas sin oponerlas á otras—; donde no se discute, repetimos, tienen la ventaja de ofrecer al asistente la idea más fiel de la vida teosófica, por lo que respecta al sentir y al pensar de los demás hermanos. Es un conocimiento firme y seguro que se adquiere en el menor tiempo posible. Hacen una buena obra, y es bueno asistir á ellos y coadyuvar para que se realicen, porque no siempre las gentes tienen toda esa fuerza mental que hace falta para establecer firmes vínculos á distancia sin conocerse ni conocer el idioma del que ha de ser amado y auxiliado por nosotros en su perfección moral, ó del que, acaso con más frecuencia, podemos recibir ese auxilio que creemos equivocadamente poder prestar.

El Congreso pasado ha sido un éxito; felicitámonos de ello y felicitamos aún más á los organizadores del mismo, al Presidente de la Sección francesa, el meritísimo Dr. Th. Pascal, al comandante Courmes, á L. Revel, á todas las ramas francesas en general y los queridos hermanos que tanta atención han tenido para nosotros.

Un elogio aparte merecen por su infatigable labor, por lo que han cooperado para llegar á tan brillante resultado, la familia Blech y el Secretario del Congreso, Johan van Manen. Al consignarlo así no hacemos más que ofrecer una pequeña prueba de nuestra satisfacción experimentada. Lástima grande que la repentina indisposición del Presidente H. S. Olcott nos haya privado de oirle una vez y de llevarnos una impresión completamente agradable del Congreso; pero confiamos en que nuestro gran amigo se restablecerá en seguida, porque para ello dirigimos nuestros mejores pensamientos.

ARIMÍ

LA GENEALOGÍA ESPIRITUAL

(CONCLUSIÓN)

Aquí yace el misterio del vigilante, del espectador, del inactivo Atmâ, que mora constantemente en su triple naturaleza, en su propio plano, y vive en el mundo de los mortales por medio de su rayo, el cual anima sus sombras, las pasajeras vidas terrestres. En las Stanzas de Dzyân está escrito: «Dijo la llama á la chispa: tú eres yo misma, mi imagen y mi sombra. Yo me he revestido de ti, y tú eres mi vâhan (vehículo) hasta el día sea con nosotros en que tú volverás á ser yo misma y otras, tú misma y yo» (1). La llama, la Mónada, extiende el hilo de vida, el triple hilo tejido de su propia naturaleza, y en éste, el Sutrâtmâ, «el Alma Hilo», son enzarzadas todas las encarnaciones, las sombras. «El vigilante y sus sombras—siendo estas últimas tantas como reencarnaciones tiene la Mónada—son uno. El vigilante, ó el prototipo divino, se halla en el extremo superior de la escala del sér, y la sombra en el inferior» (2). Él, el vigilante, es nuestro padre en el cielo, y «yo y mi padre somos uno». Nosotros somos las sombras en nuestras personalidades, y la imagen—el hijo del padre—en nuestras individualidades. Las innumerables sombras son lanzadas por el rayo, y son las perlas enzarzadas en el hilo de vida. Las sombras ejecutan su labor en los planos inferiores, y son impulsadas por la Mónada por medio de su imagen ó rayo, al principio tan débilmente, que su influencia apenas es perceptible, pero más adelante con un poder siempre creciente. «El hilo entre el silencioso vigilante y sus sombras se hace más resistente y radiante con cada cambio.»

Ahora debemos dar al hijo el nombre del padre, á la imagen el nombre del vigilante, y llamarlo la Mónada, pues no hay

(1) *Doctrina Secreta,* I, 286.

(2) *Doctrina Secreta*, I, 285—2, Ibid-285.

otro nombre por medio del cual se pueda describir correctamente, y en realidad él es una y la misma cosa. Pero la imagen está ahora revestida de materia, velada por Avidyâ, y cegada por la envoltura que todavía no conoce, es débil y limitada en el mundo en que ha entrado. Con el tiempo llega á ser dueña del mundo, pero antes tiene que aprender á obedecer. «Aunque él fuese un hijo, esto, no obstante, aprendió á obedecer, debido á los sufrimientos que experimentó, y habiéndose hecho perfecto» (1) se hizo dueño de la vida y de la muerte. El hijo olvida el lugar de su nacimiento á medida que se sume en la materia, y sólo gradualmente los choques externos despiertan su dormida divinidad y hacen que responda y se manifieste.

Como hemos visto, las Mónadas están ahora prontas para pasar á la primera cadena planetaria, la cadena arquetipo. Todo lo que de estas Mónadas sabemos es que las más avanzadas de ellas se convirtieron en Asuras y pasaron á formar parte de la quinta jerarquía creadora. Otras, menos avanzadas, continuaron su evolución en la segunda cadena planetaria, la creadora, y las más avanzadas de éstas se convirtieron en Agnishvâttas y entraron en la sexta jerarquía creadora. Una vez más las menos avanzadas prosiguieron su evolución en la tercera cadena planetaria, la lunar, y aquí las vemos surgir de ella clasificadas en tres grandes grupos.

1.° En primer término hay los verdaderos Pitris, llamados á veces Pitris lunares, pero que con mejor propiedad se pueden llamar los Pitris Barhishads, que son las entidades más avanzadas de la cadena lunar, los cuales pasaron á su conclusión á la séptima jerarquía creadora. Estos Pitris son los «dioses lunares», los «señores de la luna de los cuerpos aéreos», cuyo deber es dirigir la evolución física en la cuarta cadena planetaria, la terrestre. Aunque menos desarrolladas, pertenecen á esta clase de Pitris otras dos clases de Mónadas, llamadas diversamente Dhyânis menores y Pitris solares, las cuales constituyen las categorías de la cadena lunar, que siguen inmediatamente después de los Pitris Barhishads; la primera clase había desarrollado ya el cuerpo causal, y la segunda estaba pronta para su formación, hallándose de esta suerte todas ellas demasiado avanzadas en su evolución para formar parte de la cuarta cade-

(1) *Hebreos,* V, 8, 9.

na en sus primeras rondas, por cuyo motivo sólo entraron á formar parte de ella á la mitad próximamente de la cuarta ronda, durante la tercera y cuarta razas raíz. Por lo tanto, este primer gran grupo comprende tres clases de Mónadas.

2.° Cuatro clases de Mónadas, suficientemente desarrolladas para alcanzar la etapa humana durante las tres y media primeras rondas de la cadena terrestre. Estas Mónadas son también con frecuencia llamadas «Pitris lunares», y este nombre no está del todo mal aplicado, puesto que proceden de la cadena lunar; sin embargo, no son los «antecesores» de los hombres, sino que se están desarrollando en hombres, por cuyo motivo no deben ser llamadas Pitris. Como quiera que sea, H. P. B. les dió este nombre, el cual ha tomado carta de naturaleza en la terminología teosófica. Esto importa poco, con tal que no sean confundidas con los genuínos Pitris lunares del grupo primero, los señores de la Luna.

3.° Tres clases de Mónadas procedentes de la evolución lunar que se quedaron demasiado rezagadas del avance general. Estas Mónadas sólo serán humanas á la conclusión de la séptima ronda de la cadena terrestre, y formarán la humanidad de la quinta cadena planetaria, la que sucederá á la nuestra. Al presente se hallan subiendo su lento camino ascendente en los reinos mineral, vegetal y animal.

Las siete clases que constituyen los grupos 2.° y 3.° son las siete clases de «Pitris lunares» mencionados á menudo por H. P. B. A fin de evitar confusiones los llamaré simplemente «Mónadas de la cadena lunar»—término también empleado por ella—ó Mónadas exlunares, y limitaré el empleo de la palabra «Pitris lunares» á los «señores de la luna de los cuerpos aéreos». Se dice que las Mónadas de la cadena lunar están clasificadas según su «evolución, conciencia y mérito» (1) y que esto fijó su herencia en el transcurso del *tiempo*.

Estas siete clases de Mónadas, que son el resultado de estas diferencias evolucionarias, no deben ser confundidas con los siete tipos de Mónadas, que son el resultado de los colores recibidos de los siete Logos planetarios antes mencionados. En cada una de las siete clases se hallarán Mónadas de todos los siete tipos, de modo que cada clase tiene representantes de cada uno

(1) *Doctrina Secreta*, I, 195.

de los siete colores. Por tanto, estos siete tipos aparecen *simultáneamente y uno al lado del otro,* cuando una clase entra á formar parte de la cadena planetaria, y cada clase sucesiva presenta por sí sola los siete tipos.

Para la exposición de la genealogía monádica del hombre omitimos al presente al grupo 1.°, á los Pitris lunares, porque están relacionados con la evolución física, así como á las dos clases de Dhyânis menores, porque se hallan en el Nirvâna lunar, asimilándose los resultados espirituales y mentales de pasadas experiencias, y no entrarán á formar parte de la cadena terrestre hasta la quinta ronda. Aquí sólo debemos ocuparnos de los grupos 2.° y 3.°, esto es, de las siete clases que sucesivamente vienen á la tierra.

La Mónada Atmâ-Buddhi-Manas cobija las formas que evolucionan, no descendiendo más allá del nivel atómico del plano manásico, y allí únicamente está representada por el átomo manásico, adquirido por su cadena, como antes se ha dicho, con la ayuda de las órdenes creadoras quinta y sexta. Es emitido un hilo de vida revestido de materia búddhica, el cual se une á los átomos disponibles apropiándoselos en cada etapa sucesiva como «átomos permanentes», y estos átomos forman parte de las formas preparadas para la Mónada por la agencia de los señores de la luna en el orden que estudiaremos al tratar de la «Evolución física». Bastará decir aquí que en cada globo están representados los siete reinos; tres reinos elementales, un reino mineral, otro vegetal, otro animal y otro humano. Los reinos que son peculiares á la ronda que tiene, ó á las precedentes, están plenamente representados, mas aquellos que se hallan más allá de la evolución de esta ronda sólo lo están embrionariamente. Aunque podrá parecer extraño tratar á nuestra actual humanidad de embrionaria, sin embargo, así es en realidad, cuando se la compara con los esplendorosos séres imposibles de imaginar al presente que constituirán la humanidad de la séptima cadena, la humana. Cada reino está dividido en siete etapas, departamentos ó provincias, como lo vemos claramente cuando estudiamos al hombre en sus siete razas raíz, aunque estas etapas no son tan visibles á nuestros ojos en los reinos inferiores. Y en realidad sólo reconocemos su existencia por el hecho de que las Mónadas marchan más lentamente en proporción de lo que están menos desarrolladas, siendo arrastradas

gradualmente en su lento movimiento de avance, y quedándose las más jóvenes cada vez más y más rezagadas á medida que viajan á lo largo de los globos de la cadena terrestre.

Cuando las Mónadas exlunares de la primera clase del grupo 2.°—las más desarrolladas—llegan al globo A de la cadena terrestre, pasan rápidamente á través de las formas—preparadas por los Pitris Barhishads—de los seis reinos inferiores, y alcanzan la etapa más inferior del reino humano. Dichas Mónadas repiten este proceso en los globos B, C, D, E, F y G, pasando por una etapa humana en cada globo, hasta que en el globo G completan las siete etapas humanas, y de esta suerte han pasado á través de todas las cuarenta y nueve etapas—siete en cada uno de los siete reinos—que constituyen una ronda. Debo advertiros que «humano» no significa aquí nada semejante á lo «humano» que conocemos. Hasta que las Mónadas llegan al globo D de la ronda no hallan ninguna forma física humana.

Las Mónadas exlunares de la segunda clase siguen á las de la clase primera, pero viajan con menos rapidez que sus predecesoras, de modo que al fin de la ronda sólo han completado el reino animal y han tocado los bordes del humano; sólo en la próxima ronda completarán las siete etapas del reino humano.

Las Mónadas exlunares de la tercera clase siguen á las de la clase segunda, pero se quedan algo más atrás que éstas, pues sólo están prontas para pasar desde el reino vegetal al animal á la conclusión de la primera ronda, al paso que las de la cuarta clase sólo están prontas para salir del reino mineral.

Las restantes tres clases que constituyen el grupo tercero de las Mónadas exlunares se hallan respectivamente: en los bordes del reino mineral la primera de dichas clases; en el más elevado reino elemental la clase segunda, y en el reino elemental medio la tercera clase, á la conclusión de la primera ronda.

Por consiguiente, la clase primera ha pasado á través de cuarenta y nueve etapas; la clase segunda por cuarenta y dos etapas; la clase tercera por treinta y cinco; la clase cuarta por veintiocho; la clase quinta por veintiuna; la clase sexta por catorce, y la clase séptima por siete. O tomando á esta última clase como á unidad, la clase primera ha viajado siete veces más rápidamente; la segunda clase seis veces; la tercera clase cinco

veces; la cuarta clase cuatro veces; la quinta clase tres veces y la sexta clase dos veces.

Debe tenerse en cuenta que en la primera ronda sólo se hallan en el globo A los arquetipos del reino mineral, y que el tipo más denso de materia que se desarrolla en esta ronda sólo es alcanzado en el reino mineral en el globo D, existiendo sólo como gérmenes mentales los más elevados tipos vegetales, animales y humanos.

En la segunda ronda, sólo las Mónadas exlunares de la primera clase entraron en el reino humano vigorizando los gérmenes en los cuales moraron; las de la segunda clase alcanzaron el reino humano y adquirieron una etapa de progreso en cada globo, completando las siete etapas en el globo G; la tercera clase llegó al reino humano en esta segunda ronda, mientras que la cuarta clase completó el reino vegetal y estuvo pronta para el animal.

En la tercera ronda, las Mónadas exlunares de la primera y segunda clase trabajaron todavía en el desenvolvimiento de los gérmenes de la humanidad, mientras que la tercera clase recorrió las siete etapas del reino humano en esta ronda, y la cuarta clase alcanzó justamente las fronteras de este mismo reino, pasando así al reino humano al principio de la cuarta ronda.

Mientras tanto, las tres restantes clases más atrasadas subían lentamente su camino, de modo que en la cuarta ronda todas habían pasado más allá de los reinos elementales, y al presente son las Mónadas que animan á los animales, vegetales y minerales; pero no alcanzarán el reino humano en esta cadena, debido á que la naturaleza no produce ya en ella formas humanas de un tipo suficientemente inferior para su humanización.

Frecuentemente se llama á la cuarta ronda la ronda humana, debido á que al principio de la misma aparecen en el globo A los arquetipos de cada raza raíz; pero, en realidad, es la ronda en la que el mineral alcanza su perfección, esto es, el punto de su mayor dureza y densidad.

Cuando las primeras Mónadas en evolución llegaron al globo D en la cuarta ronda, estaban prontas para desarrollar al hombre, según un muy elevado tipo, y el Chhâya de los Pitris Barhishad fué entonces la forma á la que el átomo físico permanente se unió, siendo el Chhâya de materia etérea. El *Aiteraya Brâhmaya* esboza en cortas frases esta larga evolución,

este paso de las Mónadas á través de los reinos mineral, vegetal y animal para culminar en el reino humano. Dice: «En las hierbas y árboles se percibe la vida; en los séres que alientan y respiran se percibe la inteligencia, y en ellos el yo está más manifestado. En estos últimos se percibe también la vida, mas la inteligencia no se percibe en los primeros. En el hombre, el yo está más manifiesto, está dotado de un mayor conocimiento. El hombre habla de aquello que sabe; ve aquello que conoce; sabe lo que ocurrió ayer; conoce lo visible y lo invisible; por medio de lo mortal aspira á lo inmortal. De esta suerte está dotado el hombre» (1). Acerca de este punto se lee en el comentario de Sâyana: «En lo inconsciente, la tierra, las piedras, etc., sólo Sat está manifestado, y el Atmâ no ha alcanzado todavía la forma de Jîva. Los Jîvas inmóviles, esto es, las hierbas y los árboles, así como los móviles que poseen Prâna como aliento, ambos son etapas de manifestación en un grado más elevado.»

Las Mónadas más avanzadas cobijan entonces las formas embrionarias de la primera raza raíz, y dirigen el desenvolvimiento de los fetos humanos en la matriz del tiempo. Sus rayos vivifican las envolturas de materia que las envuelve y les construyen órganos apropiados que les permiten comunicarse con el mundo exterior. El sentido auditivo es el primero que debe ser desarrollado, el cual, en lo futuro, responderá al grado de vibraciones conocido como sonido. Despierta en su propio plano; la conciencia monádica responde confusamente, muy confusamente, á través de la materia que la envuelve, de suerte que las formas son casi insensibles. En el plano físico, estas formas sienten la presencia del fuego, el primer contacto al que la conciencia responde allí por medio de las primitivas formas.

Cuando la Mónada pasa á la segunda raza raíz, añade el sentido del tacto á su conciencia del plano físico y principia á responder al contacto del aire del mismo modo que al del fuego. Cuando escuchamos, percibimos débiles sonidos á manera de cantos procedentes de las variadas é indefinibles formas que representan á la humanidad; simples vocales inarticuladas á manera de sonidos que indican débilmente la presencia de emociones causadas por ocultos resortes. La conciencia que allí existe reside más bien en el plano superior que en el inferior. Allí tiene

(1) Aitareyaranyaka. II, III. 2.

lugar un sueño apacible y tranquilo que procede del interior, al paso que la percepción del placer y del dolor que proceden del exterior apenas si se deja sentir. Es la conciencia monádica despierta en los planos elevados, pero no en los inferiores, y las formas sólo responden allí muy débilmente, casi son insensibles. Sin embargo, responden con alguna mayor intensidad que las de la primera raza.

Con la entrada de la Mónada en la tercera raza raíz, el progreso se acelera. El sentido visual se añade lenta y gradualmente á los sentidos auditivo y del tacto, y con esto el conocimiento del mundo externo se hace más claro y definido. El lenguaje, que durante la primera y segunda subrazas sólo consiste en meros gritos, gritos de placer y dolor, de amor y cólera, se convierte en monosilábico en la tercera subraza. La conciencia del contacto del agua se añade á los del fuego y aire, y la forma humana, tosca é imperfecta, pero ahora clara y distintamente humana, cobijada por la Mónada, está pronta para recibir la inteligencia que la hará hombre. Ahora responde clara y distintamente á los impulsos de vida que le llegan de arriba, pero en el plano físico es estúpida é ignorante, y hallándose sacudida por choques de dolor y placer procedentes del exterior, á los cuales cede ciegamente, se ve por este motivo arrastrada de acá para allá. La Mónada no puede dominar á su vehículo físico, el cual responde á los enérgicos choques de su plano con tanta mayor fuerza cuanta mayor es la suma de vida que recibe de arriba. Esta vida es transmutada en sensaciones, y fluye á lo largo de los canales de los instintos animales. Para la Mónada, el aumentar este flujo de vida es lo mismo que aumentar el peligro; es como aumentar la presión del vapor de una máquina que no tiene quien la guíe.

Entonces llegan los hijos de la mente para añadir el elemento indispensable á la seguridad y al progreso. Ahora debe principiar la evolución intelectual y oscurecer por algún tiempo lo espiritual. Lo espiritual debe ceder ante el empuje de la inteligencia y retirarse por el momento, dejando que ésta coja las riendas y guíe las próximas etapas de la evolución. La Mónada principiará á dirigir sutil y silenciosamente á la inteligencia, trabajando indirectamente por medio de ella, estimulándola por medio de sus energías, desarrollándola por un incesante flujo de potente influencia procedente del interior, al propio tiem-

po que la inteligencia lucha con los vehículos inferiores para ser vencida y esclavizada al principio, pero para vencer y dominar al fin lenta y gradualmente. Y aquí dejamos la evolución monádica que ahora continúa silenciosamente debajo de la superficie hasta el momento en que la triunfante inteligencia se sumergirá en el espíritu.

Tal es, brevemente expuesta, nuestra genealogía por lo que al lado del espíritu se refiere. Vemos que procedemos de Dios; vemos á los grupos de los grandes séres que nos educaron en nuestra infancia; vemos las etapas de nuestro desarrollo y crecimiento y cómo pasamos desde una cadena á otra, desde una á otra ronda, desde un globo á otro, hasta que llegamos á nuestra tierra y tocamos el suelo que conocemos. Luego percibimos confusamente la llegada de los «Hijos de la Noche», los «Hijos de la Sabiduría Tenebrosa», aquéllos que traen ahamkâra para formar al hombre, y sabemos que esto constituye una parte de nuestra genealogía, que ellos son también nosotros mismos. Vemos al espíritu oscurecido, y sabemos que el espíritu debe perfeccionarse en el silencio, en tanto que el guerreador intelecto continúa combatiendo hasta el momento en que depositará sus trofeos á los pies del espíritu, y el hombre, haciéndose divino, reinará sobre la tierra.

Annie BESANT

La soledad es el patrimonio de los espíritus superiores; les entristecerá á veces, pero la escogerán siempre como el menor de dos males.

A. Schopenhauer.

Nunca pidas que las cosas se hagan como quieres; mas procura quererlas como ellas se hacen. Por este medio todo te sucederá como deseas.

Epicteto.

FRAY LUIS DE LEÓN EN LA TEOSOFÍA [1]

La tradición española.

Mis queridos hermanos: Recibid ante todo el más cariñoso y fraternal saludo de un grupo de teosofistas españoles; de un grupo de pensadores y de artistas que se afanan por la verdad en esa vieja España, más conocida en el mundo por el ruido de sus armas que por los grandes esfuerzos que ha hecho en pro de la más grande y única religión de los hombres: la Verdad. Pero no ciertamente porque no haya trabajado por ella.

Nuestra leyenda de intolerancia os ha hecho pensar seguramente alguna vez que ha tenido que fundarse sobre alguna verdad, siquiera sea esa verdad muy reducida. Pues bien, sí; la leyenda y la historia verdadera de la intolerancia que han existido en ese país tienen por fundamento todas las existencias de los grandes pensadores que han revelado la verdad en esa patria ¿cómo habría de ser intolerante ese país si no atacaba á los justos y á los verídicos?

El ataque á esos hombres, verdaderos maestros de compasión y de sabiduría, es muy antiguo. El primer gnóstico de Europa, el español Prisciliano, es la primer víctima del librepensamiento (384 J-C.). Más adelante se sigue persiguiendo á los gnósticos, y «la gran serpiente gnóstica», como la llama nuestro erudito el católico Sr. Menéndez Pelayo, entra en la Iglesia y duerme, por decirlo así, en el seno de muchísimos prelados y escritores. Todas las *herejías* cristianas que viven en la España goda son manifestaciones de la gnosis. Hay un momento en el que parece que se va á acabar esa influencia oriental; pero las cosas suceden de otro modo, y la entrada de los

(1) Este trabajo ha sido presentado por su autor al reciente Congreso Teosófico de las Secciones de las Federaciones europeas.

árabes se nos ofrece como una nueva oleada material de la gran irrupción espiritual que Oriente envía de tanto en tanto sobre Europa, y hé aquí que los judíos y los árabes nos traen con más ó menos fidelidad sus nociones y enseñanzas sobre el misterio, lo que podían alcanzar, mejor aún, lo que no habían olvidado todavía de la Doctrina Secreta.

Sobre un punto relacionado con este hecho voy á llamaros la atención. Es un ejemplo que esclarece lo indicado y que yo presento á vuestra consideración como una *compte-rendu* que se envía á una Academia.

Nuestros místicos.

Es incuestionable que lo más grande é interesante del pensamiento español es un pensamiento místico. Los místicos españoles os son, desde luego, bien conocidos, y no ya los escritores manifiestamente místicos, sino aquellos otros que lo son en el fondo y en el ambiente general de sus obras. Los poetas, los novelistas y los mismos escritores dramáticos, Calderón, por ejemplo, cuya obra parece que trata de exponer todas las posibilidades del Karma.

Entre los decididamente místicos, Santa Teresa, San Juan de la Cruz (1), Malon de Chaide, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, Molinos—sobre el que vuelve ahora la atención pública—, y tantos otros, hay uno excepcional, Fray Luis de León, que se distingue de los demás porque su originalidad consiste en ser menos original que los otros. Es el lazo vivo que une al pensamiento oriental con el pensamiento español. Monsieur Rousselot, que consagró á los místicos españoles una obra célebre en esta suerte de estudios, *Les mystiques espagnols,* observa muy justamente que Fray Luis de León, versado en la lengua santa, pudo leer en su texto original las obras de Maimónides y Abicebrón (2). Efectivamente, un examen de *La guía de los extraviados* (3) y de *La fuente de la vida* (4), compa-

---

(1) Véanse las traducciones inglesas y los trabajos que sobre estos dos místicos ha publicado Mrs. Cunninghame Graham.

(2) Rousselot. *Les Mystiques espagnols,* cap. 6.

(3) S. Munk. *Le guie des egarés.* París, 1851.

(4) D. Francisco de Castro ha publicado una versión española en dos volúmenes. Madrid. Rodríguez Serra (sin año).

rando esas obras con *Los nombres de Cristo,* de Fray Luis, suministra, á quien lo haga, las pruebas que necesite.

Esto significaría muy poco para nuestro propósito y para los efectos de esta comunicación. Demos un paso más.

Biografía de Fray Luis.

Fray Luis de León nació en Belmonte (Cuenca) en 1527, y murió en Salamanca en 1591. Se inició muy joven en la vida religiosa, tanto por obedecer á un propio impulso, como por seguir la costumbre general de algunos jóvenes de la época, que entraban en seguida en las Ordenes religiosas, teniendo á orgullo el hacerlo en las más rígidas y estrechas (1). A los catorce años abrazó la regla de San Agustín (29 Enero 1544), y después de un silencio de diez y seis años, consagrado al recogimiento y al estudio, le vemos prorrumpir en un capítulo de la Orden—el celebrado en 1557 en Dueñas—en terribles acentos de censura contra los malos hermanos, que permitían se relajase la regla en manos del soldado Pedro de Vargas, que á imitación de Iñigo de Loyola, fundara por entonces una especie de nueva *Compañía,* regida por la regla del obispo de Hipona (2).

La preferencia que concediese á los estudios teológicos y á las escrituras le llevaron á Fray Luis á la cátedra y allí encontró á sus enemigos, quienes le promovieron dos procesos ante el terrible tribunal del Santo Oficio.

En el examen de ambos procesos y en el de las obras que de él nos quedan—las del dominio público—podemos ver indicaciones más que bastantes para justificar el título de esta nota: *Fray Luis de León en la Teosofía.*

La época de Fray Luis.

Antes de pasar más adelante es preciso consignar, por lo que se refiere al ambiente en que aparece nuestro místico, que hay que tener en cuenta dos hechos que influyen sobremanera en su modo de ser, y esos dos hechos son: el estado del cristianismo,

(1) Un historiador dice que en 1569, cerca de 600 estudiantes en Salamanca se recibieron en las Ordenes, siendo la favorecida la de los Carmelitas descalzos.

(2) La clave de las censuras de Fray Luis, según el P. Merino en sus cartas al P. Muñoz Capilla, está en lo que se dice por Fray Jerónimo Román sobre esta nueva *Compañía* en su libro *República del mundo.*

que le afecta como miembro de una Orden religiosa, y el estado mental de la Península, que le afecta como ciudadano de su patria.

La Reforma se abrió paso en España, y á pesar de cuantos obstáculos se opusieron á la entrada del libre examen, podemos ofrecer un buen número de protestantes y de teólogos independientes. Tan es así, que la *Historia de los protestantes españoles,* de D. Adolfo de Castro (1), ha sugerido después la primer vendimia por el pensamiento español que ha hecho luego el señor Menéndez Pelayo en su obra *Los heterodoxos españoles* (2). El cristianismo se hallaba en aquella época falto de un fundamento científico, mejor aún, positivo. Apartado de la gnosis, que pudo darle un fundamento más firme que el que entonces tenía, hubo de proveerse de todo el instrumental con que actualmente se ofrece. Hasta entonces, el fundamento positivo y tangible de la fe, las Escrituras, habían sido inconmovibles y firmes, y si no podían comprenderlas todos los fieles, sí por lo menos sus sabios expositores. En la época que precede al libre examen, la ignorancia había ganado ya á los mismos sacerdotes. El texto de la *Vulgata,* la traducción latina de San Jerónimo, bastaba para todo; así fué que al inaugurarse el criticismo, la fe se debilitó por carecer de ciencia, como se le exigía entonces. Un protestante, precisamente Roberto Etienne, hace el señalado favor de dar una edición de la Biblia, que servirá de norma para lo futuro, dividida en capítulos y versículos. Esa Biblia, más conocida como de Francisco Vatablo, sabio maestro de París, que hubo de dirigirla, fué el mejor texto de la Iglesia, y así, sobre ese texto, se trabajó siempre directa ó indirectamente. La primer obra de la imprenta fué también la Biblia, porque era la gran necesidad del pueblo cristiano de Occidente. Ahora bien, el gran empeño de la Iglesia fué también la ocultación de la Biblia, porque desprovista ya de un esoterismo cierto, del que pudo conservar de la gnosis, quiso fundarlo sobre un documento no preparado para el efecto.

Un pueblo, entre todos, era el mejor depositario de tan precioso tesoro, el único pueblo que lo entendía, el pueblo hebreo, para el que fué hecho. La mentalidad española era entonces ge-

---

(1) A. de Castro. *Historia de los protestantes españoles.* Cádiz, 1851.

(2) Menéndez Pelayo. *Los heterodoxos españoles*, prólogo.

nuinamente semita, judía y arábigo-judea. El pueblo de *El libro* vivía en España. España era el nuevo pueblo de Dios, del Dios hebreo. La teología fuera de España, sin ciencia de *El libro,* era la teología que luego se ha llamado católica; la que se hacía en España sobre la ciencia de *El libro,* la que hacían los judíos, era la verdadera teología: una liberación de todos los velos de las palabras ocultas. Porque el cristianismo, en cuanto perdió de vista el estudio de sus orígenes, fué, ante todo y sobre todo, evangélico, paulista, y posteriormente de los padres latinos. Esta preponderancia del nuevo elemento aportado á la enseñanza mosáica acabó con el Viejo Testamento, y se tomó el Nuevo, como si no hubiese sido hecho sobre aquél, como si no fuera la obra evangélica en su totalidad, esto es, en sus escritos canónicos y apócrifos, la mejor ponderación de todo el pasado, la confirmación de la ley de Moisés.

En ese medio, y dentro del pueblo que mejor conociera entonces la palabra de *Iaveh,* vivió Fray Luis de León.

El judaismo.

Pero antes de nacer Fray Luis, los Reyes Católicos habían expulsado de España á los judíos (1492). Los habían expulsado, pero no habían expulsado sus ideas, sus enseñanzas. Andando el tiempo, otro monarca expulsará á los moriscos, que tenían más de judíos que de moros. Ambas providencias fueron inútiles y tardías para el fin que se dictaron. Raimundo Lull había exprimido ya toda la mística árabe. Santo Tomás de Aquino la había recibido ya por medio de nuestro Raimundo Martín. Las obras de Abicebrón y de Maimónides habían informado ya á los precursores de nuestros místicos. Las prensas de Amberes y de Venecia se llevarán, es cierto, la gloria de publicar los mejores documentos de los rabinos españoles; pero conste que han sido concebidas esas obras en España, y trazados en Castilla y Cataluña sus manuscritos.

Judíos, á pesar de todo, serán los mejores expositores de las Escrituras. Sólo ellos, judíos renegados, cristianos conversos, si se prefiere mejor para no ofender su memoria, podrán atacar con tanto denuedo á la tradición hebráica. Alonso de Espina, religioso de la Orden de Menores observantes, Rector de la Universidad de Salamanca antes de los días de Fray Luis (1458),

fué antes judío. Alfonso de Zamora abjura en 1492 para no hacer el terrible éxodo. El rabí Joseph Gegatiliah, *El cabalista divino,* tendrá aún tiempo de escribir su *Ginath Egoz (El huerto de la nuez),* que aparecerá dos siglos después en Venecia.

¿Conocería Fray Luis á esos hombres? ¿Pudo tratar á alguno de ellos? La obra de Alonso de Espinosa, *Fortalitium Fidei,* la conoció desde luego. *El hacecito de mirra,* remedo de *El Zohar,* de Abraham Sabah, aparece en 1492; y en cuanto al famoso *Huerto de la nuez,* si bien no se publicó hasta 1615, se puede sospechar que conoció algún manuscrito, por semejanzas, aunque remotas, con *Los nombres de Cristo.*

Por su abuelo paterno descendía Fray Luis de judíos, y ese cargo—cargo en aquel tiempo—se le hizo y señaló en su primer proceso. Cargo achacable á todos los españoles de la época y que inspiró al arzobispo de Burgos, Fray Francisco Mendoza de Bobadilla, su célebre obra *El tizón de la nobleza española,* donde se ve hasta qué punto había sangre semita entre los que más trabas pusieron para ello. El maestro Gaspar Grajal, su compañero, procedía también de una familia conversa. Fray Martín Martínez Cantalapiedra, hebraizante también, fué acusado de judaizar. En fin, el mismo Arias Martano, que dirigió en Amberes la edición políglota de las Escrituras, hubo de ir á Roma á sincerarse de cargos análogos que sobre él lanzaron sus enemigos (1575-1576). Pero ¿qué decir? El arzobispo de Granada, Fray Hernando de Talavera, había sido acusado anteriormente de ser judaizante.

Un cargo que se le hizo á Fray Luis en su primer proceso—motivado por la divulgación de su versión de *El cantar de los cantares*—fué el de practicar la magia. El acusado dijo que sí, que había hecho pruebas de sigilos astrológicos para ver por experiencias la vanidad de tales fruslerías. El hecho en sí no significa nada, pero testifica un ánimo inquisitivo que no se satisface de cualquier modo, un espíritu dispuesto á sacrificarse por la verdad.

El primer proceso (1572-1576).

Cuando se examina de prisa la exégesis que Fray Luis ha hecho sobre los libros sagrados, observando que se atiene, sobre todo, á la letra, parece que no puede sospecharse una gran

altura espiritual en el autor de esos comentos; pero no es así. El maestro León, hebraista consumado, opone siempre el sentido literal al alegórico que se daba en las escuelas, porque desde luego veía que valía más la letra muerta que la falsa alegoría. Desconociendo la palabra, ¿cómo se podía hacer un símbolo de ella? He ahí toda la obra del célebre agustino: fijar el verbo. Y en esa fijación es donde ha de verse el primer punto de contacto de Fray Luis con la enseñanza teosófica. Va á la raíz de las cosas para investigar la verdad. Pero ese examen del nombre, ese estudio del verbo, no es más que la liberación de los velos que ocultan á la palabra; es la afirmación del esoterismo que el cristianismo había perdido por entonces, y es, digámoslo de una vez, sencillamente cábala.

Fray Luis no creía que *El cantar de los cantares* fuese precisamente lo que se aseguraba por los ignorantes del idioma en que estaba escrito originariamente. Era muy duro decirlo. La autoridad de la versión latina de San Jerónimo lo impedía. Hizo, pues, una exposición literal al castellano y la guardó para sí, aunque la dirigiese á una monja de Salamanca (1). El golpe estaba dado y como debía de darse. Se indicaba, sin decirlo, la necesidad de volver sobre el texto original, de extender su enseñanza, y presentando la belleza de su forma material se atacaba del mejor modo á las calenturientas alegorías forjadas por los ignorantes. Es más, en un pasaje célebre, el maestro León se pone frente á frente de San Jerónimo. Eso ya era demasiado, y de ahí el primer proceso que hubo de sufrir nuestro filósofo.

Todos los cargos que se le hicieron, absurdos en la forma, brutales en realidad, fueron realmente exactos desde el punto de vista de sus jueces, que tenían un criterio más católico—del catolicismo de entonces—que Fray Luis. Ridículos á veces, pero siempre ultracatólicos, los diez cargos de su acusación fiscal nos quedan como testimonio del estrecho cristianismo de la época. El rigor que se tuvo con el reo pidiendo para él que se le amenazase con el tormento «hasta que enteramente diga verdad», y el hecho de darle en la prisión un cuchillo sin punta

(1) Un tal Fray Diego de León vió el manuscrito y lo copió. La obra pasó manuscrita de mano en mano y llegó hasta el Perú, donde el Santo Oficio cogió un ejemplar á un agustino.

para que no usase de él fuera de la comida, dicen más que nada lo que fué aquella persecución.

Los nombres de Cristo.

En la cárcel de Valladolid comenzó Fray Luis á escribir la mejor y más grande de sus obras, *Los nombres de Cristo,* y en esta obra está realmente el motivo que me mueve á considerarle como teósofo. Esta obra es también, digámoslo de pasada, la que ha servido de un modo más principal para tomarle como uno de los precursores del protestantismo en España (1), y más recientemente como un precursor de la filosofía krausista en el mismo país (2).

Los nombres de Cristo aparecieron en Salamanca y en Barcelona casi al mismo tiempo, en 1583, y en cuatro años se hicieron cinco ediciones. La edición de Barcelona tiene una particularidad sobre la que insistiré más adelante. Hecha en el mismo año que la de Salamanca, hasta el punto de parecer otra primera edición, lleva como apéndice el significado del nombre de *Cordero* con que también se designa á Cristo.

La obra se divide en tres libros, dedicado cada uno á D. Pedro Portocarrero, del Consejo de S. M. y de la Santa Inquisición. Fray Luis, al amparo de tan alta autoridad, quiere evidentemente desarmar á sus émulos.

El objeto de *Los nombres de Cristo* es explicar los que en las Escrituras se le dan, que siendo muchos, como muchas son sus virtudes y oficios «se encierran y, como reducidos, se recogen» en los diez siguientes: Pimpollo (Germen), Faces, Camino, Pastor, Monte, Padre del futuro siglo, Brazo de Dios, Rey de Dios, Esposo é Hijo.

El valor del nombre.

Empieza la obra con una exposición sobre la importancia del nombre y del nombre de Cristo, de sus nombres, porque los nombres que se le dan son «como unas cifras breves en que Dios maravillosamente encerró todo lo que acerca de esto el hu-

(1) Véase el folleto de la Sociedad Bíblica *Fray Luis de León*, de la serie titulada *¿Los místicos españoles son protestantes?*

(2) El profesor Núñez Arenas en un discurso de apertura de la Universidad de Madrid.

mano entendimiento puede entender y le conviene que entienda». Es verdad que los nombres que se analizan de Cristo son los que le convienen «en cuanto hombre» (1); pero ha de tenerse en cuenta que los nombres, en general, que se ponen por orden de Dios «traen consigo significación de algún particular secreto que la cosa nombrada tiene en sí, y que en esta significación se asemeja á ella» (2). Que el sonido y la figura de los mismos nombres ha de tenerse presente. Estamos, pues, en estos comienzos rastreando á Platón sobre el paso de la gnosis de Dionisio Areopagita y sobre las huellas de la cábala.

La prohibición antiquísima de nombrar á los dioses, de ocultar y callar el nombre de Dios, este tabu que se observa en las religiones más antiguas y en las más primitivas que subsisten, más que en ninguna se ha manifestado en la religión judáica, y por ende en la cristiana, su hija. Un punto del mayor interés en la teología de una y otra religión ha sido por eso el conocimiento y la adivinación de ese nombre. Tabuado, el nombre de Dios, esto es, prohibido nombrarle, esa imposición de callar su nombre para no mancharle aun sin querer, ha traído la obligada consecuencia de evocarle de mil modos diferentes, y de allí la polinominación del Innombrable. Todo nombre de Dios no será más que la presentación de una parte, esto es, la desfiguración de Dios mismo no ofrecido en su totalidad. El tabu sobre el nombre de Dios ha de respetarse. Dionisio Areopagita, que precede á Fray Luis en el estudio de este tema, comenzando su obra sobre *Los nombres divinos,* dice muy bien: «En general, no hay que atreverse á decir ni á pensar nada de la sobresubstancial y escondida divinidad, fuera de aquello que nos ha sido divinamente indicado en los sagrados oráculos» (3).

Este respeto no era exclusivo de la gnosis, como he dicho ya; semejante prohibición es antiquísima y se remonta, por lo menos, á la enseñanza del último adepto. La universalidad del tabu y su misma existencia actual acreditan, por lo que al nombre de la divinidad respecta, que es un mandato de la Doctrina Secreta.

(1) *Los nombres de Cristo*, lib. I, § II.
(2) Ibidem.
(3) *Los nombres divinos*, cap. I.

El tabu y el tetragrama.

La tabuación del nombre de Dios se manifiesta más ampliamente entre los hebreos, y la liberación del velo que cae sobre su nombre constituye toda la finalidad más inmediata de la teología judáica. Esta analogía entre el tabu y la exaltación del tetragrama no sé si ha sido debidamente señalada antes de ahora; pero creo que puede establecerse en vista de los datos que conocemos de la historia y de la religión comparada.

El nombre de Dios en hebreo se ha expresado con cuatro signos que jamás se pronunciaban: por la palabra *Iaveh,* equivalente, en realidad á *Logos;* el tiempo en su más pura y absoluta indeterminación. *Iaveh* equivale á una palabra compuesta con el pasado, el presente y el futuro del verbo ser, el único verbo: el Verbo.

De este primer análisis se deduce una primer fijación de lo divino. Después se hacía otra. Había un segundo nombre de Dios, un segundo peldaño, el nombre de las doce letras, y finalmente, el tercer nombre, formado por los cuarenta y dos signos que suman los nombres de los diez sephirots, más la partícula final.

La cábala cristiana.

Toda la cábala no es más que la fijación del nombre de Dios y la revelación de su sentido, así como la finalidad moral de la ciencia moderna positiva es la de reducir lo incognoscible. Perseguir esto es hacer cábala, y más propiamente cábala que gnosis y que ciencia, porque se persigue con todos los requisitos de la mística del Verbo. Hé ahí cómo Fray Luis fué un cabalista al hacer esa obra.

Sin querer atenuar el escándalo que pueda producir entre ciertos espíritus esta opinión, añadiré, no para suavizar lo expresado, sino para ponerlo en su punto, que la cábala de Fray Luis es la cábala cristiana que antes que él iniciaron en España los gnósticos cantando las letras y el significado del nombre de Cristo como el poeta Prudencio.

La cábala, en su expresión más genuína y misteriosa, *El Zohar,* aparece precisamente en España antes que en ningún

punto de Occidente. El rabí Moisés ben Nachman descubre en Palestina ese secreto perdido, que se atribuye á Simón ben Jochai, y lo envía á Cataluña hacia el año 1290, y antes que finalice el siglo XIII, *El Zohar* aparece en España editado por Moisés de León, aunque las ediciones más conocidas no sean sino del siglo XVI, como la de Crémona.

Las analogías entre *Los nombres de Cristo* y la cábala no hacen más que esbozarse aquí. Se afinan y determinan más adelante.

El rabí Simón ben Jochai, considerando el tetragrama, decía: «¡Desgraciado de mí si revelase esas cosas; pero desgraciado también si no las revelase!» (1); y á continuación empieza á revelar el exterior del Macroprosopo, detallando órgano por órgano, que paralelamente se repiten en el Microprosopo. Fray Luis, en *Los nombres de Cristo,* se limita á la segunda exposición, por decirlo así; de la misma manera que Dionisio Areopagita, ocupándose en los nombres divinos, trató sólo de la primera parte. *Los nombres divinos* del Areopagita se pueden considerar como una primera exposición de las manifestaciones del Logos. Se llama á lo divino Bien, Hermosura, Amor, etc. *Los nombres de Cristo* ofrécense, en cambio, como una exposición de las manifestaciones del Logos manifestado en Cristo. Los nombres que recibe son así personales, concretos.

Los sephirots y los nombres.

Los límites de esta nota y los propósitos de la misma, que no son más que provocar y suscitar un estudio sobre el tema, no permiten un completo desarrollo del mismo; pero dentro de los límites concedidos se puede observar el paralelismo que existe entre el plan y la marcha general de *Los nombres de Cristo* y la obra de la cábala.

Ante todo he de hacer observar que el Cristo á quien se refiere Fray Luis es un Cristo bien distinto del que se nombra por ciertas gentes religiosas. Es otro, es más grande y más excelso. Así nos dice de él el místico autor: «..... La tierra pintada con flores y las aguas pobladas de peces; los animales y los hombres, y este Universo todo, cuán grande y cuán hermoso es,

(1) *El Zohar*, I § 4.

lo hizo Dios para fin de hacer hombre á su Hijo y para producir á la luz este único y divino fruto, que es Cristo, que con verdad lo podemos llamar el parto común y general de todas las cosas» (1).

Este Cristo, que es el Logos manifestado, tiene diez denominaciones que corresponden con los diez sephirots de la cábala, del *Sepher Ietsirah*. El orden mismo con que Fray Luis distribuye esos nombres hace sospechar un sentido oculto y un propósito místico por parte suya. En el primer libro se analizan los seis primeros, los tres siguientes en el segundo y el décimo en el último.

El autor pensó primeramente en que fueran diez los nombres, y sólo se ocupó en los diez ya mencionados. La edición de Barcelona, cuasi primera como se ha dicho, apareció, sin embargo, con el apéndice de un nuevo nombre, el de *Cordero,* y corrigiendo algunos pasajes de la de Salamanca. Es más, en un principio, el autor se propuso, como en la explicación del primer nombre de Cristo, *Pimpollo (Germen),* atenerse al texto hebreo; pero esa tarea la abandonó en seguida y no volvió á hacer ninguna indicación comparada en adelante. La doctrina está además fundamentalmente sacada del Viejo Testamento, y aunque luego se la apoya con referencias del Nuevo, los apoyos buscados no pasan más allá de aquellos puntos en que San Juan y San Pablo vuelven sobre el texto hebráico. El apéndice de la edición de Barcelona, que aparece después en todas las posteriores, se ofrece así, por romper el orden establecido—los diez nombres—, como algo postizo, impuesto y forzado, que por cierto no se corrige en su verdadero punto en las ediciones sucesivas, está fuera de lugar, y la doctrina en que se funda, el texto en que se apoya el Nuevo Testamento, no sigue el orden general de la obra. ¿No es para sospechar que el mismo Portocarrero le indicase á Fray Luis la conveniencia de añadir tal apéndice? Es más lejos de tratar el nombre en cuestión como el último y definitivo nombre de Cristo, y de poner en él un entusiasmo y un fuego que parece debía poner un poeta y un creyente como Fray Luis; este capítulo es el más flojo de los que integran la obra.

Yo creo firmemente que nos hallamos en presencia de una

---

(1) *Los nombres de Cristo*, lib. I. § III.

obra cabalista del mayor y más alto interés, y de cuyo examen más detenido pueden sacarse sorprendentes enseñanzas.

El segundo proceso (1584).

Antes de aparecer *Los nombres de Cristo* ocurrió un suceso en la vida del autor que debió influir en esa obra que estaba ya terminando. Me refiero al segundo proceso. Es más, yo sospecho que el proceso en cuestión dió origen á la apostilla final de *Los nombres de Cristo,* consagrada á la explicación del nombre de *Cordero.*

En 1582, el P. Prudencio Montemayor, en un acto público del claustro salmantino, defendió varias proposiciones sobre el mérito y la libertad de Jesucristo. Fray Luis intervino para aclarar algunas frases del sustentante y rechazó el cargo que se le hizo de pelagiano. Poco después, el benedictino Fray Juan de Castañeda sostuvo la tesis que una misma gracia podía ser eficaz ó ineficaz, convertir á un hombre y no á otro, según sus disposiciones respectivas. También fué acusado de pelagiano, y Fray Luis le defendió apoyándose en textos de San Agustín. La cosa trascendió al claustro, se dividieron los estudiantes, la polémica se hizo pública é intervino la Inquisición. Se encontraron diez y seis proposiciones erróneas, y Fray Luis dijo que no las tenía por opuestas al dogma; pero fué amonestado para que no las defendiese en lo sucesivo.

El karma de Cristo.

El tema propuesto por el P. Montemayor, en substancia, fué éste: Cristo tuvo un mandamiento para hacer lo que hizo, y no pudiendo desobedecer al Padre no pudo obrar libremente. Ahora bien; la fe enseña que Cristo mereció. ¿Cómo merecer careciendo de libertad? Pues muy sencillo. El mandato del Padre se refería á la especificación de la obra, pero no á su ejercicio ahora ó luego, y dentro de esa libertad está el mérito de la obra en hacerla antes ó después. Además mereció Cristo también porque su libre intención la consagró á su obra.

Yo no he de apurar ahora el valor que tiene para una exposición del karma de Cristo—del Cristo personal de cada uno, como Cristo y revelación del Logos—, esa teoría del P. Monte-

mayor que Fray Luis apadrinó entonces. La apunto únicamente porque la contiene substancialmente la obra de Fray Luis, y porque con el conocimiento de ella podemos entender mejor los últimos nombres de Cristo que nuestro místico autor explica.

Conclusión.

Aquí terminan mis observaciones; pero antes de concluir esta nota, que entrego al examen y benevolencia de todos, resumiendo lo expuesto he de decir que el conocimiento indiscutible que tenía Fray Luis de la lengua hebrea, las semejanzas de su plan con la cábala, la preponderancia del misticismo del verbo, la misma idea del karma de Cristo y, en fin, ciertas figuras, frases y galas de estilo, no ya de la obra citada, sino de la *Exposición del libro de Job,* con figuras, frases y galas del *Zohar* y del *Sepher Ietsirah,* nos invitan á estudiar qué relación hay entre esta mística cristiana y la cábala.

Los cargos que se hicieron contra él como que era de origen judío—quién sabe si Moisés de León fué predecesor suyo, es una cosa para indagar—, que sólo decía misas *de requiem;* el estupendo que le hizo un tal Cigüelo, que afirmó haberle oído decir, refiriéndose al Cristo: «Cuando viniere seremos obligados á creerle, aunque se duda y hay duda si es venido», palabras dichas en una comida y que debieron referirse más á la pureza del *vino* que al nombre de Cristo, que se pronunciara por acaso al mismo tiempo. Todos esos cargos estúpidos, juntamente con aquél formulado en el primer proceso que decía se le había oído decir que los judíos no creyeron en la vida eterna, son motivo más que suficiente para que se examine imparcialmente lo que con tanta parcialidad se examinó en el pasado.

Fray Luis, exculpándose de la imputación de judaizante, llegó á decir en uno de sus interrogatorios que «nunca defendió interpretaciones de judíos por ser de judíos, ni en su vida ha leído comentarios de judíos, ni los ha alegado, ni citado si no ha sido de lo que ha leído en otros autores para reprobarlos cuando en algo contradecían». Es posible; pero esas palabras, arrancadas ante el miedo del tormento, valen muy poco si es cierto que dijo que los judíos no creían en la vida futura, pues sólo podría sustentar tal idea uno menos versado en las Escrituras ó más conocedor del *Sepher Ietsirah,* de donde realmente

puede deducirse esa enseñanza si se toma al pie de la letra la palabra *nephesch,* que sirve para designar el cuerpo en tanto que la vida no le ha abandonado, y donde la palabra alma no aparece, á lo menos, en el sentido de la escolástica.

Yo saludo otra vez cariñosamente á mis hermanos, á quienes pido se interesen por el tema, y los repito el saludo en nombre de un grupo de teosofistas españoles.

Rafael URBANO

APUNTES DEL MOMENTO

La moral es un corolario que se desprende del estudio de las ciencias positivas. La idea de lo moral es del todo independiente de la idea de Dios. De éste no alcanzo, y por lo tanto no puedo creer nada si lo busco en las religiones dogmáticas. Si me fijo en la Ciencia, aun los argumentos más materialistas me llevan de la mano á creer en Él, ya que no á concebirlo. Para creer en Dios, necesito de la intuición, y para concebirlo necesitaría de lo experimental. La misma Ciencia, para explicarse ciertos fenómenos, cuyos efectos son conocidos, necesita acudir á la hipótesis. ¿Y qué es ésta sino una intuición?..... Luego si la Ciencia admite la intuición, como por ella *únicamente* he de creer en Dios, creo llegar á Él mejor por la Ciencia que por todo lo que sea dogmático, y aun filosófico y metafísico, porque si aquélla me demuestra una porción de maravillas y se vale de hipótesis para explicar ciertas causas *en las que forzosamente cree*, ¿por qué no he de creer en esa otra hipótesis de la que decía Laplace que no había necesitado para desarrollar sus teorías?..... Por eso la Teosofía, que da á la Ciencia entrada libre, me puede explicar lo que en vano he buscado hasta que la he conocido.

* * *

Hubo un tiempo en que los espiritualistas estudiaban poca Ciencia, y los hombres de ciencia no se ocupaban de las cosas del espíritu. Antes, la psicología se desarrollaba preferentemente en el campo de lo tradicional. Hoy ya invade el campo de la

Ciencia, y por su parte, ésta, al crear con el nombre de monismo una filosofía especial, desciende, sin darse cuenta de ello, del pedestal de intransigencia en que se colocara. ¿Qué quiere decir ésto? Pues sencillamente que la Ciencia, á medida que avanza en sus descubrimientos, se siente cada vez *menos materialista*, ó por lo menos tiene ansia de idealizar la materia. Por otra parte, los espiritualistas se dan más á la Ciencia, y de este fenómeno de contraste se deduce que unos y otros aspiran á completarse. Son, al parecer, los adversarios que tienden á la reconciliación.

* * *

En presencia de una desgraciada mujer llena de harapos, de repugnantes costras que, á modo de lepra cubrían las partes desnudas de su cuerpo, formulé esta pregunta: ¿Cómo *habrá sido* esta mujer?..... Acaso una hermosura, nacida en la opulencia, solicitada de los hombres, envidiada de las mujeres, fresca, incitante, pletórica de vida, de ilusiones y de alegría. Y al ver en su semblante reflejada la imbecilidad, volví á preguntarme: ¿Cómo habrá pensado antes el Manas de esta mujer?..... ¡Quién sabe! Tal vez el espíritu que hoy vive sujeto á tan vil materia no haya tenido por cárcel un cuerpo femenino. Acaso animó el de un poeta de altos vuelos, el de un sabio profundo ó genial pensador. Y al pensar de este modo miré tan adentro, tan adentro, que todo un mundo de vertiginosas ideas rodó ante mis ojos, no tan velozmente que dejara de entrever lo inexorable y justo del Karma. Y por si alguna duda me asaltase acerca de cómo se transforma todo en el Universo, tropezó mi planta con un pequeño trozo de carbón de piedra, y pensé que aquella miserable escoria, millones de años atrás, habría formado parte en un gigantesco árbol desarrollado en un período de exuberante vegetación; y esto vino á despertar en mi memoria la idea de cómo asciende, desciende y evoluciona todo dentro de la Eternidad y del Tiempo.

* * *

Se ha dado en decir que el dolor es la causa que más aproxima á Dios. Según algunos filósofos, en la vida todo ó la mayor parte de lo que sucede, es dolor. Si considero un eje y en él dos polos, uno el dolor y el otro el placer, alrededor de este eje haré

girar el mundo de los sentimientos, y creo yo, que no todo en la vida será dolor ni placer, sino sucesión de uno y otro. Lo que pasa es que hemos convenido en considerar al dolor como un efecto desagradable, y de ahí que pesa más en la balanza de lo emotivo. Estoy convencido de que el dolor y el placer se equilibran como el día y la noche; pero ésta siempre se nos antoja más larga. Todo es convencional cuando el hombre no sabe colocarse en el punto preciso del equilibrio. Con perdón, pues, de los pensadores y de los místicos, yo no creo aproximarme más á Dios por el dolor que por el placer, sino por el convencimiento de que existe y me hace existir, para que yo considere *como muy natural* todos los placeres y dolores que hay en la vida, y que ésta debe vivirse con ánimo sereno. Si el autor se impresiona demasiado en el Teatro no responde á los fines del arte; del mismo modo, el hombre *muy impresionable* no responde en el teatro de la vida á los fines para que fué creado. Esto á primera vista parece que trasciende un poco á estoicismo, pero si se ahonda, se verá que no lo es.

Jacobo SAN MARTÍN LOZANO

INFLUENCIA DEL PENSAMIENTO SOBRE EL CUERPO

TRINE, el conocido escritor norte-americano, cuenta en los siguientes términos los efectos fisiológicos y éticos del pensamiento sobre el cuerpo:

Cada pensamiento que tiende á reproducirse en visiones fantasmagóricas de enfermedades, sensualidad y vicios de todas clases, produce en el alma escrófula y leprosidad, que se reproducen consiguientemente en el cuerpo.

La ira convierte las propiedades químicas de la saliva en un veneno peligroso para la vida. Es bien sabido que emociones violentas y repentinas no sólo han debilitado la acción del corazón en pocas horas, sino que han sido la causa de muerte ó demencia. Se ha descubierto por nuestros hombres de ciencia que existe una diferencia química entre el repentino sudor frío de una persona dominada por la gran impresión de algún delito cometido y la traspiración natural que todos conocemos, y en algunas ocasiones el estado mental de un criminal puede ser de-

terminado por un nálisis químico de su traspiración que, al ser puesta en contato con el ácido selénico, produce un bien definido color rosao. Se conocen casos de millares de personas que han caído víctnas del miedo, mientras que el valor ha demostrado ser un gran vigorizador.

Una buena y abundante salud es la natural condición de la vida. Todo lo que no sea aquéllo constituye un estado anormal, y generalmente las condiciones anormales son las consecuencias de pervertimiento depravación.

Tan acostumbrdos estamos á presenciar los males del cuerpo que, aunque no les consideramos naturales, los contemplamos como cosas que deben suceder.

Llegará el día en que la misión del médico no será la de tratar y procurar de sanar el cuerpo, sino de curar la mente, la que, á su vez, curará el cuerpo. En otras palabras, el verdadero médico será el *maestro*; su labor será la de mantener á las personas en buen estado de salud, en lugar de pretender sanarlas después que la enfermedad se haya declarado; y aún más: día llegará en que cada ual será su propio doctor. Cuando nuestro modo de vivir llege á estar en armonía con las altas leyes que rigen nuestro sér, y así también cuando estemos mejor impuestos del poder de la mente y del espíritu, le daremos menos atención al cuerpo; no menos *cuidado,* pero sí menos *atención.*

Los cuerpos de muchos estarían hoy día mejor tenidos si sus dueños le diesen menos atención y pensasen menos en ellos. Por lo general aquellos que se preocupan menos de su cuerpo son los que gozan de mejor salud. Muchos son mantenidos en constante mala salud or las atenciones y cuidados irregulares que se les presta. Dadle al cuerpo el alimento, el ejercicio, el aire puro, la luz del sol, que le son necesarios; mantenedlo en estado de limpieza, y entonces pensad en él lo menos posible. En vuestros pensamintos y conversaciones jamás os ocupéis del lado obscuro de las cosas. Nunca habléis de enfermedades y dolencias. Al hablar de ellas os hacéis un mal y también hacéis un mal á las persnas que os escuchan. Hablad de aquéllas cosas que provoque en las personas que os oyen interés en otros. De tal suerte, las contaminaréis de salud y fuerzas, y no de debilidad é indisposiciones. Estar preocupado de cosas de mal agüero, es siempre ruinoso. Esto es tan evidente en lo que se refiere al cuerpo como lo es todo lo demás.

Lo siguiente, dicho por un médico que unía á su práctica profesional los conocimientos de extensos estudios y observaciones hechas sobre el poder de las fuerzas inferiores, es de especial valor é interés con relación á este artículo:

«Jamás podemos obtener buena salud si contemplamos enfermedades, como tampoco podemos llegar á la perfección si descansamos en la imperfección ó si tratamos de conseguir la armonía por medio de la discordia. Deberíamos mantener siempre en nuestra mente un elevado ideal de lo que es la salud y la armonía...»

Nunca afirméis ó digáis algo sobre vuestra salud que no desearais que fuese verdad. Nunca os preocupéis de vuestras dolencias, ni menos os detengáis á estudiar vuestros síntomas. Nunca os dejéis convencer de que no sois absoluto señor de vos mismo. Afirmad con toda energía vuestra superioridad sobre los malestares del cuerpo, y no os declaréis el esclavo de fuerza inferior alguna.

Yo les enseñaría á los niños desde temprano á establecer una sólida barrera entre ellos y la enfermedad, haciéndoles que observen pureza en el vivir y que se acostumbren sólo á desarrollar pensamientos sanos y á ser de miras levantadas.

Les enseñaría á desarrollar toda idea de muerte, toda imágen de enfermedades, toda clase de emociones discordantes, como ser, odio, malignidad, venganza, envidia y sensualidad, procurando, por este medio, disipar toda tentación á hacer el mal. Les instruiría, dándoles á saber que la mala comida y la mala bebida ó el aire corrompido producen pobreza y adulteración de sangre, y que la sangre degenerada da origen á la formación de malos tejidos, lo que, á su vez produce mala carne, concluyendo por engendrar la inmoralidad y toda clase de vicios. Les demostraría que los pensamientos sanos son tan necesarios para el cuerpo en buen estado de salud, como lo son los pensamientos puros para una vida honrada y sin manchas. Los acostumbraría á cultivar una poderosa fuerza de voluntad y á acometer los enemigos de la vida por todos los medios posibles. Haría que los enfermos tuviesen esperanza, confianza y alegría.

Lo que se conceptúa como posible queda, en muchas ocasiones, sin llegarse á practicar por los estrechos límites que á la acción le oponen nuestros pensamientos é imaginaciones.

Las salud ó el éxito de persona alguna jamás llegará más

allá que la confianza que en esa salud ó éxito tenga el propio interesado; por lo general, somos nosotros quienes nos ponemos obstáculos para el éxito de todo lo que nos concierne.

Todo en este mundo tiene descendientes. El odio, la envidia, la maldad, los celos y la venganza, tienen todos sus retoños. Cada pensamiento impuro engendra otros, y cada uno de éstos produce otros más, sucediéndose de este modo una incesante reproducción, hasta que todo el orbe se puebla de ellos.

El verdadero médico de lo futuro no medicinará el cuerpo, tanto con específicos y drogas, como el espíritu con buenos principios.

Las madres del mañana enseñarán á sus hijas la manera de apaciguar la fiebre de la ira, del odio y de la maldad, con la gran panacea del mundo: el amor.

El doctor de lo venidero indicará á las gentes el modo de cultivar la alegría, la bondad y las nobles acciones, procurándose asímismo un tónico para la salud como para el corazón; probando de esta manera «que el corazón alegre y contento hace tanto bien como lo puede hacer una medicina».

* * *

EL CORONEL H. S. OLCOTT

Como habrán visto nuestros lectores, durante una de las sesiones del Congreso celebrado recientemente en París, el Presidente de la Sociedad Teosófica, Coronel H. S. Olcott, sufrió una indisposición que le obligó á retirarse á su domicilio.

La dolencia de nuestro Presidente no ha sido de gran cuidado. Se ha repuesto efectivamente de ella; pero no ha podido hacer el viaje que proyectaba á Amsterdam, donde le esperaban nuestros buenos hermanos los teosofistas holandeses.

Es probable que salga más tarde para la citada población y después para Londres.

Sirvan estas líneas de contestación á los buenos amigos y hermanos que se han interesado cerca de nosotros sobre la interesante salud de nuestro Presidente.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.